

tas de sus clientes, aviva las discordias, y es el cómplice y cooperador de un gran número de maldades.

Por este motivo Hipócrates, á pesar de ser pagano, hacía jurar á sus discípulos *que llevarían una vida casta; que se abstendrían de todo delito en el ejercicio de su profesión; que penetrando bajo un techo cualquiera, apartarían de ellos, por su actitud, toda sospecha de ultraje ó corrupción, especialmente en las cosas eróticas, y que no administrarían veneno por más que á ello se les incitara* (1).

Por el contrario, el médico ejemplar confirma la probidad de su lenguaje con la de sus costumbres. Así es como acredita y honra su profesión y se acredita á sí mismo; toda vez que *el brillo de sus buenas acciones resplandece en medio de los hombres, y no cesa de glorificar con su conducta á nuestro Padre que está en los cielos* (2).

VII.—**Obras de piedad particulares de los médicos.**—Todo lo expuesto no basta para aquellos médicos que aspiran á la santidad. Aprovechando las numerosas ocasiones que les proporciona el ejercicio de su profesión, para dedicarse á muchas buenas obras que tienen por objeto la *misericordia corporal* (3), los Santos visitaron á los enfermos, como recomienda el Espíritu Santo (4), no solamente llevándoles el consuelo que procura siempre una visita de amigo, sino también prodigándoles todos los cuidados que la ciencia sugiere, con objeto de curarles con *seguridad, prontitud y agrado* (5). A este efecto la Medicina es, ciertamente, un arte *liberal* (6) y de *inmensa utilidad* (7) para todo el género humano (8); pero en manos de estos hombres puede decirse que ha alcanzado su grado máximo de utilidad, desplegando todos los tesoros de su ciencia y de su corazón en favor de los pobres, que representan á sus ojos el Salvador del mundo, Jesucristo (9).

Ardiendo en caridad evangélica, se consagran á veces á esta parte, la más desgraciada de la humanidad doliente, sin la menor remuneración, pero muy contentos de tener á Dios por deudor (10), y á la

(1) V. Meibom, *In Jusjur. Hippocr.*, c. xvii y sigs.

(2) Matth., v, 16.

(3) S. Cipriano, *De oper. et eleemos.*, Oper., pág. 477 y sigs. Venecia, 1728.

(4) Eccli., vii, 39.

(5) Asclepiad., *Apud Cels. med.*, lib. III, c. iv, pág. 94. Nápoles, 1818.

(6) Lucian., *Dial. Abdicat.*, pág. 827. Saumur, 1619.

(7) S. Jerónimo, *Epist.* cxiii.

(8) Quintiliano, *Declam.* cclxviii.

(9) Matth., xxv, 36.

(10) S. Ambros., *De Naboth.*, c. vii.

limosna de sus cuidados, á menudo añaden la de su peculio para que las familias no se mueran de hambre. En suma, les conmueven los sufrimientos del pobre; levantan su ánimo abatido por la indigencia y por el dolor; enjugan sus lágrimas, consagran su talento, su tiempo y su fortuna á las necesidades del prójimo; entran con mayor voluntad en la cabaña del pobre que en el palacio del opulento: tales fueron los médicos que llevaban en su frente la aureola de la santidad. Así fué como conquistaron las palmas del cielo, y merecieron los aplausos de los hombres; y uno de los timbres más gloriosos que les ha dado la humanidad agradecida, es el de *Jatroi Anargyroi*, esto es, *médicos gratuitos* (3). Pero mientras rehusaban el dinero de la tierra, iban reuniendo un *inmenso tesoro en el cielo* (2); y *alcanzaron de Dios gran misericordia, porque fueron misericordiosos* (3).

VIII.—**Servicios prestados por la Medicina en las Misiones apostólicas.**—Durante los primeros siglos de la Iglesia, algunos médicos tributaron más directamente todavía sus servicios á la Religión, acompañando á los ministros sagrados que se dedican al apostolado. Del mismo modo que estos últimos, entraban aquéllos de noche y de día en la morada y en la asamblea de los fieles, protegiendo su ministerio contra toda sospecha maligna (4). Aprovechando otros las relaciones y noticias que su profesión les proporcionaba, tuvieron la dicha de conducir innumerables paganos de las tinieblas de la idolatría á la luz del Cristianismo (5).

A su vez tuvieron éstos numerosos imitadores, hasta en los tiempos más próximos á los nuestros. Citaremos á Juan Felipe, bibliotecario de Alejandro III y el primero de la serie de médicos pontificios. Habiendo penetrado en la Abisinia, determinó abrazar la fe católica y rogar al Santo Padre que le instruyera en la verdadera Religión. Dirigióse, pues, á Roma; adquirió la instrucción deseada, y prosiguió con valor la obra comenzada en calidad de Nuncio à latere (6).

Hoy mismo no faltan católicos que estudian la Medicina para ir á ejercer el apostolado en países lejanos, en los cuales no se admiten

(1) Menolog. Basilian., tom. I, pág. 124.—Noël Alexandr., *Hist. eccles.*, sec. VI, art. 4.—Dhen. *Præf. Apolog. ad syntagma Hist.* Viena, 1660.

(2) Luc., xii, 33.

(3) Matth., v, 7.

(4) II ad Corinth., viii, 20.—V. S. Jerónimo sobre este pasaje.

(5) Se encuentran muchas cosas sobre este particular en los autores que ya hemos citado y en Mamacchi, *Orig.*, tom. III, pág. 316.

(6) Marini, *Archiatr. pontificii*, tom. I, pág. 6.



más que los que ejercen alguna profesión; siendo la Medicina, de todas las profesiones, la que más contribuye á la propagación de la fe (1).

**IX.—Servicios que los médicos pueden prestar á la Iglesia.—**

Con todo, no es preciso expatriarse para hacer rendir á la Medicina sus gloriosos servicios. Los facultativos, cada uno en su círculo, pueden fácilmente conseguir el mismo objeto, ya sea por medio de sus conversaciones privadas, ya sea por medio de la enseñanza. Púedese afirmar que éstos son los dos medios más eficaces para propagar las doctrinas de la moral cristiana y de la fe católica. Un médico de una población rural constituye una autoridad y un elemento poderoso; su influencia es considerable sobre la juventud. Pero en las grandes ciudades se hace prepotente, por ejercer su acción dentro un círculo más grande, y con mayor motivo si forma parte del personal docente de una escuela de Medicina. ¡Qué ocasión para inspirar á sus discípulos la sublime idea de Dios y de sus atributos, un sincero amor por la Religión y por la virtud, y un profundo horror para con los vicios habituales de la juventud imprudente! No tendrá necesidad de agotar sus esfuerzos; le bastará hablar siempre el lenguaje de la decencia, y seguir exactamente los principios de la Filosofía cristiana (2). Todo le ayudará en su generosa empresa: la Anatomía, la Fisiología, la Patología, la Higiene, la Terapéutica, la Medicina legal... pues en estas distintas partes de la enseñanza académica, es más difícil cometer errores, y más fácil de demostrar las verdades importantes (3).

Tales son los servicios que la Medicina puede tributar á nuestra santa Religión, siendo el mayor de todos, á mi entender, el que acabamos de apuntar, á causa de la justa influencia que un buen maestro ejerce sobre el espíritu de sus alumnos (4), especialmente cuando la ciencia que él enseña tiene íntima conexión con las costumbres, y cuando tiene cuidado de no poner en sus manos más que autores escogidos y puros, exentos de toda mezcla (5).

(1) He sabido que la Santa Sede autoriza á los monjes y á los sacerdotes destinados á las Misiones apostólicas para estudiar la Medicina.

(2) Mercurial (*Epist. ad Codronch. præfata Oper. de Christ. ac. Tut. Med. rat.*) confiesa que son sospechosos de incredulidad los *qui medicum christiane vivere, ac sedulo pietatem exercere posse negant.*

(3) Este punto es doctrinalmente desarrollado por Fischier, *De Medici circa moralia et phisica in curandis morbis prudentia.* Erfurt, 1727; por Albert, *De convenientia medicinae cum theologia practica.* Halle, 1732, y por Bohmero, *De medicorum animæ et corporis in sanandis ægris conjunctione.* Halle, 1736.

(4) Muratori, *Philosophie morale*, c. XLII, pág. 361 y sigs. Nápoles, 1738.

(5) Gauchat, *Apologistes de la Rel.*, tom. III, p. 1, let. 4.



## TERCERA PARTE

### DE LOS DEBERES QUE LA RELIGIÓN IMPONE A LA MEDICINA

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### La Religión debe dirigir á la Medicina

Cómo la Religión regula los actos humanos.—Y particularmente de los médicos.—Crédito que obtienen los médicos por el cumplimiento de los deberes religiosos.—Necesidad de estos deberes.—Virtudes del médico en general.—Cuáles son los principios de los deberes del médico.—Obligación que tiene el médico de reparar los daños que ocasiona.

**I.—Cómo la Religión regula los actos humanos.**—Entre los innumerables argumentos presentados por los apologistas de la Religión cristiana para demostrar su divinidad, deben colocarse en primer lugar los relativos á la pureza, claridad y extensión de su moral, y los poderosos motivos que imponen su práctica. El divino Autor de la Revelación no podía, en efecto, contentarse con dar al hombre la teoría de las más sublimes virtudes, y abandonarle al mismo tiempo, tocante á las reglas de conducta, á las extravagancias que la razón delirante de los filósofos permitía á las diversas sectas, que, gracias á la violencia desenfrenada de las pasiones, generalizaban cada vez más la corrupción sobre la faz de la tierra (1).

Cuando Dios se dignó llamar al hombre hacia el camino de la felicidad perdida, empezó por enseñarle con precisión admirable á leer

(1) S. Justino, *Apolog.*, lib. I, c. XIV-XVII, y lib. II, c. XIII.—S. Cipriano, *Ad Demetrianum*, c. IX-XI.—S. Agustín, *De Civit. Dei*, lib. II, c. XVIII-XXV.—Tertuliano, *Apolog.*, c. XXXIX.—L. Minucius Felix Octavius, c. XXIX-XXXVII, l.—Firmic., *De errore profan. Rel.*, c. XIV.